Mentía usted mejor en París

Rafael Antúnez

Era muy alta y, ciertamente, no suelo resultar del agrado de estas mujeres, a pesar de que Diego afirme que las altas los prefieren bajitos. Soy del tipo que ellas repelen. A más de ser bajo de estatura, tengo el pelo muy lacio y amarillo y los ojos de un deslavado color azul que me otorga cierto aire de malignidad que las intimida. Carlos dice que soy an angel with dirty face e insiste en que me parezco a James Cagney. En realidad soy buena persona y si no fuera por mi timidez, tendría mejor suerte con ellas. Conozco a muchas personas que, como yo, son tímidas y prefieren oír que hablar. A mí no, a mí me gusta más mirar que escuchar. Por eso suelo tomar en la barra, me da cierta seguridad puesto que uno puede sentarse en los altos bancos que hay junto a ella y Jaime, el cantinero, me atiende rápido y bien, a más de que, como en casi todos los bares que conozco, hay un espejo tras la barra en el que uno puede observar a placer los movimientos de los que entran o salen y de todo el que se encuentra en el bar, es como estar soñando: se ve a los demás y se ve uno mismo realizar movimientos comunes y a la vez novedosos: la expresión que se tiene al dar el primer trago, la pose que se adopta al pedir una cerveza más... A mí me gusta mirar rostros, leerlos, imaginar la historia que hay detrás de cada uno, quién trae la máscara puesta y quién su verdadera faz. Gran parte de los que estaban esa noche en el bar, parecían profundamente aburridos. Por eso me llamó la atención esa mujer: su manera de reír, fácil y sin afectaciones, daba la impresión de estar muy contenta. En contraste, el tipo que la acompañaba, era uno de esos hombres oscuros y sigilosos como reptiles (o al menos esa impresión me dio). A veces su rostro adoptaba una mueca que lo hacía parecer un zapato viejo y sucio. Fumaba cigarros sin filtro y usaba una corbata de seda de muy mal gusto. Yo sé mucho de corbatas. Pase horas enteras ante los aparadores, entro en los almacenes y las acaricio e imagino las posibles combinaciones que puedo realizar con ellas. Para el trabajo uso corbatas tejidas de un solo color (te dan un aire de seriedad que infunde confianza en la gente), pero para salir a cenar o tomar una copa con los amigos, generalmente me pongo una buena corbata italiana. Son las mejores: bien combinadas, ni muy brillantes ni muy opacas. El único defecto que les encuentro es que son demasiado largas. Pero
ello obedece a que, como ya he dicho, soy bajo de estatura. El tipo aquel encendía un cigarrillo tras otro, pero sólo les daba tres o cuatro fumadas y los apagaba en seguida. Seguramente era un hombre prepotente. No me costó trabajo adivinar que estaba enamorado de ella. Daba la impresión de suplicarle algo, puesto que ella apenas si le prestaba atención. De pronto se puso de pie y se acercó a la barra, muy cerca de donde yo estaba sentado. Hice como que no la miraba. El hombre la siguió y le empezó a decir que lo perdonara.

—No fue mi intención, te lo juro.

—Entonces?

—No sé, a veces pierdo la cabeza, pero tú sabes que yo no soy así. Dame otra oportunidad...

—Sabes que no te creo. ¿Por qué insistes?

Jaime me miraba divertido y señalaba al pobre hombre, que a cada momento iba tornándose más débil. En cambio ella, parecía muy segura de sí misma. Esto me hizo comprender que él estaba perdido, sin ninguna oportunidad. Me hubiese gustado decírselo, acompañarlo a la salida y tratar de consolarlo (yo, como casi todos, tiendo a identificarme con los débiles). Pero era evidente que pertenecía a la clase de los que no se dan por vencidos tan fácilmente.

—Escoge —le dijo ella—, o te vas tú o me voy yo. Pero no estoy dispuesta a seguir dando de qué hablar.

—Pero, trata de entender.

—Creo que ya has decidido.

—Clara, por favor, no me obligues a esto por favor, te lo suplico, no me obligues.

Y sin esperar más, el hombre comenzó a suplicarle y a llorar. La escena no logró conmoverla en absoluto (lo cual me llevó a pensar que no era la primera vez que la representaban); al contrario, pareció irritarla. Tomó su bolsa y se dirigió al baño. El hombre se ajustó la corbata y miró alrededor, con una expresión llena de sorpresa, como si de pronto, justo en ese momento, hubiese despertado de un sueño absurdo en el bar y no en su habitación. A medida que cobraba conciencia, su expresión se iba endureciendo. Miró hacia todos lados, apagó el cigarrro y sacó su cartera. Arrojó un par de billetes sobre la barra y salió tranquilamente.

Al poco rato la mujer volvió del baño y se dirigió a la barra. Se detuvo junto a mí y sacó un cigarrillo. Se lo puso en los labios y se me quedó mirando. Había descubierto que yo la observaba por el espejo.

—¿No me vas a dar fuego?

—Perdone, pero no fumo...

Me señaló una de las cajitas que estaban sobre la barra. Me apresuré a tomarla, pero estaba vacía.
—Lástima—dijo y sacó un encendedor bastante fino de su bolsa. Dio una larga fumada y miró a su alrededor. De los varios parroquianos que estaban en el bar, muy pocos eran los que no la miraban en ese momento. Dejó escapar una larguísimas bocanada de humo y sin inmutarse en lo más mínimo les volvió la espalda y siguió sentada a mi lado.

Jaime se jugó la única carta que tenía y la perdió. Se acercó a la mujer y le devolvió el cambio. Estoy seguro de que él esperaba que ella se negara a aceptarlo. Él se lo guardaría y le diría que pidiera lo que quisiera, que la casa invitaba. Después le contaría uno de sus muchos chistes y al cambio de turno la invitaría a cenar. Pero no fue así. Ella contó el dinero y lo metió a su bolsa. Ni siquiera hizo por darle algo de propina. Se volvió hacia mí y tras mirarme de arriba abajo, se dirigió hacia la salida. Estaba por alcanzar la puerta, cuando se detuvo y regresó a la barra. Se sentó a mi lado y me preguntó:

—¿Tú qué harías en mi lugar?
—Yo me quedaría.
—¿Por qué?
—Bueno, en primer lugar está lloviendo, y en segundo, él debe estar esperándola ahí afuera.
—Creo que tienes razón.

En ese momento entró Diego acompañado de Carlos. Tomaron una mesa bastante alejada de la barra y me hicieron señas para que me les uniera. Yo me volví para despedirme (a pesar de mi timidez, siempre me he caracterizado por mi buena educación). Ella me sonrió y se volvió hacia la barra para pedir un martini.

Me senté al lado de Carlos, quien inmediatamente me empezó a preguntar por ella. Mentí y dije que era una conocida.

—¿Y por qué no la invitas?
—No la conozco lo suficiente para invitarla.
—Está rebuena —dijo Diego mientras encendía uno de sus apetitosos puros. Diego era escritor. No era muy bueno (aunque él pensaba todo lo contrario) y tampoco era muy popular en el medio. Casi todos le reprochaban su extrema pedantería y su poca cultura, ya que sólo era afecto a leer novelas y libros de cuentos, se declaraba incapaz de entender la poesía, y no manifestaba ningún interés por la filosofía o la historia. Sin embargo, en el fondo, era simpático y buen tipo. Carlos lo descubrió y lo integró a su revista. Yo me llevaba muy bien con él y me resultaba divertido escuchar sus proyectos (casi siempre desañorados e irrealizables). Presumía de sus pequeños éxitos y gustaba de hacer constantes referencias a su trabajo: “he terminado un ensayo que en una escala del uno al diez, bien pude alcanzar un ocho”, o bien: “mi última reseña está escrita en un nivel que no es infe-
rior a las que se publican en cualquier lugar del país". Diego siempre se cuidaba muy bien de explicar el origen de su escala y por qué, a pesar de que sus reseñas estuvieran escritas al nivel que él les otorgaba, casi ninguna revista, a excepción de la de Carlos, se animaba a publicarlas. Diego pertenecía a esa clase de personas que se solazan en su tristeza (acaso porque ignoran que el sufrimiento sólo engrandece a los grandes, a los pequeños los degrada), era feliz en medio de sus larguísimas depresiones (generalmente causadas por sus constantes frustraciones amorosas), odiaba los domingos y gustaba de las películas cursis. Pero, haciendo de lado esta faceta de su carácter, era, como ya he dicho, buena persona, y de no invertir tanto tiempo en hacerse propaganda y en contar sus proyectos, probablemente su escritura hubiese mejorado mucho.

La mesa que estaba frente a mí, la ocuparon dos muchachas. Seguramente eran hermanas. La mayor vestía un traje sastre de color gris y llevaba en el cuello una mascada de seda verde, sus ojos eran grandes y su nariz ligeramente respingada, pero el resto de sus facciones eran sumamente angulosas y su rostro era de un desagradable tono ceniciento; la otra, bastante más joven, llevaba, a pesar de ser temporada de lluvias, una minifalda floreada y una blusa negra sin mangas. Tenía un rostro fino y pálido y unas piernas largas y morenas, ligeramente chuecas. Era bastante más atractiva que la mayor, pero con todo no era bonita. Desde donde yo estaba sentado, se le podían ver perfectamente los calzones. Eran blancos. A pesar de que hace algunos esfuerzos, no pude evitar el voltear a verle las piernas en repetidas ocasiones, hasta que ella se dio cuenta y se cambió de lugar.

De haber tenido tiempo, estoy seguro de que me hubiera ruborizado, pero en ese momento Clara, la mujer con la que había cambiado algunas palabras en la barra, se acercó a nuestra mesa y me pidió fuego nuevamente. Diego se apresuró a encenderle el cigarrillo y a ofrecerle una silla. Para mi sorpresa, ella aceptó.

—Marius nos ha dicho que la conoce, pero como es tan caballeroso, se ha olvidado de presentarnosla.

—Es un buen muchacho —intervino Carlos— pero le falta roce social.

Ella se volvió hacia mí y me sonrió.

—No creo que tenga razón. Marius es un caballero. ¿Qué les ha contado de mí?

—Ahí está lo malo —intervino Diego—, no nos ha querido decir nada.

—¿Ni siquiera les contó cómo nos conocimos?

—Nada —repitió Diego.

—Bueno, creo que si Marius no tiene inconveniente, yo les contaré cómo nos conocimos.
Por un momento pensé que ella inventaría cualquier cosa. Pero no, simplemente les contó lo sucedido unos minutos antes de que ellos llegaran. El hombre que le suplicaba era su esposo. Pero no debían preocuparse por él, “a pesar de su aspecto, es totalmente inofensivo” dijo y cambió de tema. Muy pronto charlaba con nosotros como si fuera una vieja conocida, su voz era susurrante y tibia y su cuerpo exhalaba un tibio aroma francés ¿Air du temps, Opium, Mystere? Ella y su esposo eran tutores de un grupo de estudiantes extranjeros. Estarían en el país dos meses y después regresarían a Colorado. Al saber que ella enseñaba literatura latinoamericana, Carlos y Diego aprovecharon para contarle que eran amigos de García Márquez (lo cual era mentira, pero estoy seguro que esperaban impresionarla con ello). Para su sorpresa, Clara dijo que no era un escritor por el que sintiera un gran entusiasmo. En cambio, cuando supo que Diego era escritor, se mostró interesada en saber qué estaba haciendo. Cosa que Diego aprovechó para traer a cuento su viejo proyecto de escribir un relato a partir de Casablanca.

Recuerdo que fue en casa de Carlos, quien había conseguido un proyector, donde Diego vio por primera vez esa película. Cuando vio a Dooley Wilson aparecer por primera vez, exclamó: “Miren, cabrones, ahí está Satchmo”. Carlos, fingiendo un enojo que estaba lejos de sentir, apagó el proyector entre exclamaciones de disgusto: “¿Cómo puedes ser tan pendejo? Satchmo toca la trompeta, no el piano”. Y a pesar de que Carlos siempre traía a colación la anécdota, Diego, siempre que le era posible, sacaba a relucir su proyecto de escribir un cuento sobre la película. Según él, Dooley Wilson se enamoró perdidamente de Ingrid Bergman durante la filmación de Casablanca. Carlos siempre lo interrumpía diciendo: “¡Pendejo, de Ingrid Bergman se enamoraba todo mundo, hasta Peter Lorre!” (debo decir que Carlos, quien se vestía con gran propiedad, y en muchas ocasiones con elegancia, gustaba de contar chistes de tono subido y de emplear un lenguaje bastante soez. A primera vista parecía ser un tipo sumamente pedante, pero en el fondo era muy tierno, siempre estaba haciendo demostraciones de cariño mezcladas con bromas de mal gusto). Diego lo ignoraba y seguía con su historia. En un momento dado, si mal no recuerdo, cuando Ingrid Bergman llega a Ricks, y le pide a Sam que le toque As Time Goes By, éste se niega y dice que la ha olvidado. A lo que Ingrid Bergman le responde: “mentía usted mejor en París”. Entonces, según Diego, Sam la mira de una forma en la que, según él, sólo se puede mirar a una mujer a la que se ama profundamente. “Si no, ¿por qué Wilson (que acabó sus días como pianista en el bar de un hotel de Acapulco) nunca quiso volver a tocar la misma canción?”. Aunque por supuesto todo esto no eran sino fantasías y equivocos,
pues Ingrid Bergman nunca dice esa frase a la que aludía Diego. Aunque no lo culpo, todo mundo cita frases que nadie pronuncia durante la película, o bien, se la pasan diciendo “Play it again Sam”.

—Es muy interesante, pero sinceramente no creo que pueda escribirlo—
dijo Clara, y añadió: ¿Cómo piensa hacerlo?
—¿A ver, pendejo? —intervino Carlos, quien había descubierto que las malas palabras divertían a Clara.
—Bueno, pues no lo sé exactamente. Una de las razones por las que no lo he escrito es porque no encuentro la imagen para arrancar.
—Pero si eso es muy sencillo, ¿o no? —dijo Clara—. Basta que se esfuerce un poco. Por ejemplo, un posible comienzo sería el siguiente:
Un hombre, sin duda rico y un poco borracho, reconoce a Dooley Wilson quien ya viejo toca, como usted ha dicho, en el bar de un hotel de Acapulco, y le dice “Play it again Sam”. Wilson se niega por supuesto y dice no recordarla, a lo que el borracho, que para facilitar las cosas, conoce bien la película, le responde: “mentía usted mejor en París”. Lo cual desencadenará los recuerdos de Wilson. Recordará algunas secuencias de la filmación, algunos fragmentos de diálogos, etcétera.
—También podría ser —dijo Carlos— de una forma lineal y contada, por ejemplo, por Michael Curtiz. O mejor aún, por Bogie, o si quieres la cosa más grotesca, por Sidney Greenstreet en completo estado de ebriedad.
—Salud —dijo ella. A lo que Carlos se apresuró a contestar:
—“Este podría ser el comienzo de una hermosa amistad”.
—Estaba seguro de que ibas a decir eso —dijo Diego, quien parecía ligeramente molesto.
—Y tú, Marius ¿cómo lo escribirías? —me dijo Clara.
—Marius los escribiría así —dijo Carlos, sin darme la menor oportunidad de responder—: describiría un bar oscuro y a un viejito, no a Bogart ni a Curtiz, como he dicho yo, un bar mugriento, no de Acapulco, sino un bar de mala muerte como los que él acostumbra visitar. El viejito serías tú, Diego, tratando en vano de escribir el cuento. O bien contándole a todo el mundo que vas a escribir un cuento sobre Casablanca. Y para no complicarse la vida demasiado, se concretaría a narrar no el cuento, sino la anécdota del cuento que quieres escribir. Por ello mismo, lo andarías contando a cualquier inocente con el que te toparas. Pongamos a un borracho que te escucharía, más que con interés, con fastidio. Al finalizar tu historia, el borracho te preguntaría: “¿Y a mí por qué me ha contado todo eso?” ¿No? Lo peor del caso era que tenía razón. De escribir el cuento, lo habría hecho así.
—Míralo —continuó Carlos—, ahorita se pone colorado y dice que no.
No. Bueno, creo que sí, pero no sería tan esquemático como tú dices. Por otro lado, ¿qué tendría de malo hacerlo así?

¿Qué tendría de bueno?

Lo que tendría de malo —dijo Clara, a quien ya empezaban a subirsele un poco las copas— es que ese cuento ya está contado. El problema con ese cuento es que tendrías que buscar una forma menos trillada. ¿Por qué no lo escribes en forma de reportaje periodístico?: “Ayer, en la ciudad de Acapulco, murió el cantante de color Dooley Wilson, quien fuera fugazmente famoso por su participación en la película Casablanca.” Este reportaje es leído por un personaje que conoció tanto a la Bergman como a Wilson y es quien aporta los datos que el reportaje omite: el enamoramiento del negro.

¿Y por qué no mejor lo cuentas de manera epistolar? —dijo Carlos.

No, no —lo interrumpió Clara—. Me acaba de ocurrir una idea mejor. A la muerte de Ingrid Bergman, Isabella Rosellini descubre una carta de Dooley Wilson en la que le cuenta que él siempre la amó...

Recuerdan aquello que Bogart le dice a la Bergman?: “Cuando los nazis llegaron a París, tú vestías de azul y ellos de gris”.

—Ah, sí. Es bastante cursi. Pero, ¿y eso qué tiene que ver?

—Nada. Pero a mí me parece una frase chingona. Y tengo todo el derecho de pensar así.

Nadie te lo está quitando, Charly —dijo Diego, quien había pasado del enojo a la tristeza. Parecía triste y avergonzado. Se veía tan desvalido como un traje colgado de un tendedero en medio de una tormenta.

“A kiss is just a kiss/ a spirit is just a spirit” —empezó a cantar Clara, con una voz bastante desentonada. Cuando Carlos le hizo segunda, se quedó callada. Después dijo—: ¿No les parece raro?: nos conocemos, conocemos la película, hablamos de ella y del cuento de Diego. ¿Cuántas personas podrían hacer lo que estamos haciendo ahora? ¿Cuántas personas han visto Casablanca y pueden opinar sobre un cuento?

—Ahí tienes otra posibilidad. ¿Por qué no escribes tu cuento incluyendo las distintas posibilidades que te hemos planteado? O bien —añadió Carlos—, por qué no mejor lo escribes de la siguiente manera: un joven escritor, como tú, está escribiendo un cuento sobre los parroquianos que asisten a un bar como éste. Entre los parroquianos hay un joven escritor que trata infructuosamente de escribir un cuento inspirado en los personajes de Casablanca y al no poder hacerlo, termina escribiendo un cuento sobre un joven escritor que está escribiendo un cuento sobre los parroquianos que asisten a un bar...

Diego miraba intermitentemente a Carlos y a Clara. Estoy seguro de que él no sabía si tomarlos en serio o en broma. Por otro lado, ellos contribuían a aumentar sus dudas, pues, aunque reían y lo miraban con cierta
ironía, también era cierto que habían mostrado un gran interés en la búsqueda de opciones para el cuento de Diego. Quizá si Diego hubiese sido otra clase de escritor, se hubiera marchado a su casa a escribir, pero él no lo haría por no tener que soportar las bromas de Carlos y porque muy en el fondo, prefería hablar de literatura y presumir que era escritor, a enfrentarse con las hojas y porque muy en el fondo abrigaba la esperanza de poder hacer algo con Clara, a pesar de que ella no había manifestado una preferencia marcada por ninguno de nosotros tres.

Carlos, como era común en él, se había mostrado mucho más audaz que nosotros, pues en varias ocasiones, haciéndose el loco, le había tomado la mano. Ella la retiraba sin brusquedad, ya sea para sacudirle la ceniza a su cigarrillo o para darle un nuevo trago a su vaso. Si algo contenía a Carlos, era el saber que su marido podía regresar en cualquier momento. Tal y como pasó. El tipo entró nuevamente al bar. Estaba mojado y en su rostro, más que ira, había desesperación. Cuando vio a Clara entre nosotros se acercó y se paró frente a nuestra mesa y, para sorpresa nuestra, preguntó si podría sentarse. Carlos fue el primero en reaccionar.

—Claro, claro. Jálese una silla.

El hombre miró a Clara y al ver que ésta asentía con una sonrisa, se dejó caer en una silla.

—¿Así que ustedes se conocen? —preguntó tímidamente. Para mí era sumamente incómodo seguir ahí, sobre todo porque, pese a lo que Clara afirmaba de él, podía ser un tipo peligroso, a más de que a mí me resultaba totalmente antipático.

—Marius ha sido quien nos ha presentado —dijo Diego. El hombre volteó hacia mí y dijo:

—¿Usted es Marius? Curioso nombre. Usted no es mexicano, verdad, ¿cuál es su nacionalidad?

—"Soy borracho".

El chiste no le hizo ninguna gracia, bueno, la verdad es que yo no soy muy bueno para los chistes, y de no ser por las cervezas que me había tomado, estoy seguro de que nunca me hubiese atrevido a hacerlo.

—¡Oiga! Eso no fue muy cortés de su parte —empezó a decir el tipo, pero Clara intervino en mi defensa.

—Enrique por favor. No vayas a empezar. Marius es un antiguo amigo. Nos conocimos en la primaria. ¿Verdad, Marius?

—¿Por qué ahora mentía? Tuve que decir que sí. Pero el tipo no me creyó.

—¿Y entonces por qué no se saludaron desde el principio?

—¡Ay Enrique! me gustaría que te encontraras con alguien a quien no has visto desde que tenías diez años, a ver si lo reconoces a primera vista. Si no es porque el barman lo llamó por su nombre, ten por seguro que no lo
hubiera reconocido. Pero si vas a empezar—añadió endureciendo la voz y el semblante—, lo mejor será que me vaya.

Esas palabras fueron suficientes para transformar a Enrique en un manco cordero. Sonrió y nos pidió que aceptáramos tomar algo por su cuenta. Carlos y Diego, que hasta ese momento tomaban brandy del país, asintieron complacidos y ordenaron coñac francés. Clara se dio cuenta, pero no hizo ningún comentario. Al contrario, les sonrió con complicidad.
—¿Y usted, Marius, no toma nada?
—Yo creo que me tomaré otra cerveza.
—Eso sí que no—intervino nuevamente Clara—. Coñac para todos.
Enrique pidió una botella y para desgracia de Diego preguntó de qué hablábamos antes de su llegada. Clara se apresuró a explicarle el tema de nuestra conversación. Enrique, a juzgar por la cara que puso, no creyó una palabra de lo que Clara le había dicho, pero le siguió el juego.
—¿Así que está escribiendo un cuento sobre Bogar y la Berman?
Carlos se me acercó y me dijo al oído: “¿ya oiste como pronuncia ese cabrón? Bogar y Berman”.
—¿Sabe qué haría en su lugar? ¿No? Claro que no lo sabe, bueno, yo haría una novela policiaca. Sí. Eso haría. Sam descubre que la Berman trafica con... con diamantes, con rubíes, con esmeraldas... con lo que usted quiera. Lo hace en complicidad con el de los ojos saltones, ¿como se llama? Ah, sí, Peter Lorre. La Berman, a su vez, descubre que el negro lo sabe y se finge enamorada de él. Cuando termina la filmación, descubre que ha sido una víctima de la Berman y Lorre. ¿Qué le parece?
Diego no sabía qué decir. Estoy seguro de que no se esperaba nada de lo que estaba pasando. Y lo peor era que Enrique se lo estaba diciendo en serio.
—Pues voy a pensararlo.
—¿Y dónde está lo policiaco?—dijo Carlos con toda la mala intención del mundo.
—Tiene usted razón, Ángel.
—Carlos, el señor se llama Carlos.
—Perdón. Yo quise decir más bien como una novela de espionaje.
—Ahora sí entiendo perfectamente—dijo Carlos—. Pero yo creo que sería mejor si Diego cambiara el tono y en lugar de hacer una novela de espionaje, la hiciera una novela de enredos. Que todo fuera un gigantesco enredo. Salud. Que todo fuera un error. Que Wilson creyera que Ingrid Bergman y Peter Lorre eran traficantes y, a su vez, que Ingrid Bergman pensara que Wilson estaba enamorado de ella y...
—Sí, sí, que todo sea un gigantesco error —añadió Enrique—, que Diego haga que su narrador, al tratar de documentarse sobre la película, encuentre algunos papeles que, para continuar con el enredo, él malinterpretará, porque en la realidad es imposible que pasara cualquiera de las posibilidades que hemos planteado.

—También podría ser —me animé a decir— que todo esto que estamos diciendo no sucediera aquí, en esta ciudad, sino en Acapulco. Todo esto que ha pasado no es sino una película. O bien somos viejos conocidos que estamos aquí para conocer a Dooley Wilson. Para nuestra sorpresa, y decepción de Diego, Wilson accede inmediatamente a tocar As time goes by y habla muy mal de la Bergman.

—¡Pero cómo pueden decir eso! —gritó Clara, quien ya estaba más borracha que sobria—. No, no y no. Lo que Diego debe hacer es una historia de amor, no una historia de amor común y corriente, tal y como la hemos planteado. Él debe escribir una historia de exceso de amor, ese amor que impide el conocimiento, obstruye la acción y priva de la libertad, un amor negativo que fija al sujeto a un solo objeto de conocimiento y de atención (en este caso, ese objeto debe serlo la Bergman), que roba la voluntad hasta hacerla cautiva y que, por todo ello, puede (y debe) considerarse como una suerte de locura e irracionalidad, algo que nos aleja del mundo en la medida que nos obstinamos más en una persona. Algo totalmente negativo, una suerte de amor abominable aún para quien lo padece. Usted, Diego, debe hacer hincapié en eso: Wilson debe odiarse por amar de esa forma a la Bergman, por ser incapaz de olvidarla. Y también debe retratar el dolor de ella, del ser amado, su soledad. Usted debe aclarar que, aunque la soledad es una experiencia común a dos personas, hay la soledad del amante y la soledad del ser amado. El amante desea huir de su soledad y aspira a anularla en el ser amado; mientras que el amado, aspira a la soledad o bien sufre de ella en compañía del amante.

—Ella se cree Carson MacCullers —dijo Enrique, y todos, excepto Clara, le celebramos la ocurrencia. Enrique comprendió demasiado tarde que había cometido un grave error. Clara guardó silencio y dio un largo sorbo a su vaso, se volvió hacia Diego y como si no hubiese ocurrido nada, le siguió diciendo:

—Tiene que dejar bien claro que el amor, así como se lo he planteado, es un sentimiento que degrada tanto al amante como al amado, que es una suerte de purgatorio por el que ellos pasan cotidianamente para alcanzar (siguiendo con la metáfora) el cielo de la correspondencia. ¿No me cree, verdad? ¿Quiere una prueba? Pues la tiene enfrente de usted. La ha tenido frente a usted desde hace un buen rato. Estoy segura de que Marius sí lo ha notado. ¿Verdad Marius que usted ha notado en qué forma nos ha degradado
el amor a Enrique y a mí? Explíqueselo a Diego, por favor. Me gustaría tanto que escribiese el cuento.

—Pero es que yo no voy a escribir nada —dijo Diego con un tono bastante molesto—. No sé qué se han creído. ¿Por qué no lo escriben ustedes y me dejan en paz?

—¡Hombre, Diego! —le dijo Carlos—. Estamos entre cuates, no tienes que ponerte así.

—¿Y cómo quieres que me ponga? Para ustedes es fácil imaginar el principio de una historia pero...

—¡Claro, claro! —intervino Enrique—. Ustedes no han hecho más que sugerirle el principio de su cuento a Diego y se han olvidado de lo mejor: el final. Pues bien. Yo le voy a dar el final de su cuento.

Enrique se puso de pie y se acercó a Clara, quien lo miró con fastidio (ella, como nosotros, pensó que Enrique iba a repetir la escena de la barra) y le dijo:

—No, por favor, Enrique, ya fue suficiente con lo de hace un rato.

Pero para nuestra sorpresa, Enrique no se puso a lloriquear ni empezó a pedirle perdón. Con movimiento s que a mí me parecieron extremadamente lentos, sacó una pistola y la puso sobre la cabeza de Clara. Enrique cubría con su cuerpo el arma y sólo nosotros tres éramos testigos de lo que estaba pasando. Nos quedamos petrificados. Yo esperaba oír de un momento a otro la detonación. El rostro de Enrique había adquirido una serenidad espantosa, que no correspondía en absoluto al momento que estábamos viviendo. Clara estaba pálida y los labios le temblaban ligeramente. En ese momento descubrí que bizqueaba ligeramente. No sé por qué me fijé en eso.

—Ahora te toca a ti pedir perdón —le dijo. Mas cuando vio que Clara empezaba a llorar, guardó la pistola y se hincó a su lado pidiéndole perdón. Clara se puso de pie, se limpió las lágrimas con el pañuelo que Carlos le dio y tras arreglarse un poco el vestido, salió sin decir palabra. Carlos hizo un intento por seguirla, pero sintió la mirada de Enrique y se volvió a sentar. Diego y yo no sabíamos qué hacer. Mecánicamente nos volvimos a sentar y nos servimos lo que quedaba de la botella. Carlos sacó un cigarrillo y se lo puso en la boca pero no hizo nada por encenderlo. Fue Enrique quien le dio fuego. Después pidió otra botella y Jaime se apresuró a servirla. Enrique sacó nuevamente su billetera y pidió la cuenta. Cuando Jaime recogía el dinero puso un par de billetes más. “Tu propina” le dijo, y cuando Jaime se alejaba lo volvió a llamar. “Tú no has visto nada, ¿verdad?”

Jaime, que en efecto no había visto nada, sonrió y le dijo: “Mis ojos son una tumba, jefe”.

—Seguramente ustedes piensan que estoy loco y que no soy otra cosa que un pobre pendiego —nos dijo mientras destapaba la botella—. Pero es-
tán equivocados. Tienen razón al pensar que estoy loco, que no soy sino un pobre diablo, pero lo soy por amor. En cambio ustedes, ¿qué son, sino un atajo de mediocres? Usted cree que con hacer reír a mi mujer iba a lograr llevársela a la cama. No fue sino un payaso para ella. Usted me da asco. Y usted, usted no es sino un mediocre que nunca va a escribir nada. ¿Cuántas mujeres ha conseguido con su famita de escritor? Estoy seguro que ninguna. Y usted —dijo refiriéndose a mí— usted me da asco por ¿por... por...? sí, por pendejo. Sí, por eso. Se toman mi coñac, el coñac de un hombre enamorado como no lo estarán ustedes nunca... ¿con qué derecho? A ustedes sólo les sirve para pasar la noche, en cambio a mí me da fuerzas para desbaratar mi orgullo y seguirla. Porque dentro de un rato ustedes seguirán aquí, hablando del loco, mientras yo estaré en el hotel, suplicándole que me perdone, que me comprenda... jurándole que aún la quiero... Y ustedes, ¿qué van a hacer?

Se puso de pie y salió sin decir más. Nosotros nos miramos en silencio.

—Este cabrón —dijo Carlos— cree que por estar enamorado no puede bañar de mierda como si nada. Si no fuera porque trae pistola, les juro que yo sí le parto la madre. Pinche loco... Bueno, ya que la botella está pagada, hay que tomársela ¿no? Para el susto. ¿No te parece un buen final para el cuento de Diego?

—No, francamente no. Ese pendejo. Hay que tener huevos para hacer lo que hace. Yo no creo que sea amor lo que dice sentir. El amor es poder, es otra cosa...

—¿Y si no es amor qué es entonces? —preguntó Carlos y se nos quedó mirando—. Pero ni Diego ni yo teníamos respuesta para ello.

Yo había perdido las ganas de tomar. Me sentía cansado y, hasta cierto punto, molesto. No sabía bien a bien por qué, pero sospechaba que de quedarme, las cosas se pondrían peores, así que me puse de pie y me despedí.

Había dejado de llover y un viento frío se paseaba por la ciudad. Apenas eran las doce y no tenía ganas de llegar a mi casa, por lo que decidí caminar un poco. Atravesé el parque y bajé con rumbo a los lagos. La ciudad tenía un aspecto irreal, las calles estaban desiertas y silenciosas, de vez en cuando se escuchaba el ulular de una sirena o el ruido de un automóvil que se alejaba. Pensaba en Clara, me alegré de no haberla conocido antes. ¿Qué hubiera sido de mí de haberla conocido a los diez años? Ni pensararlo. Me hubiera enamorado tan perdidamente de ella como Enrique, o quizás más. Estoy seguro de ello. Aunque también estoy seguro de que nunca hubiese llegado a los extremos a los que había llegado él. No por dignidad sino por cobardía. Pero, ¿a qué extremos hubiese llegado yo?

Me detuve a ver los lagos. De ellos emanaba un fuerte olor a plantas y humedad, la niebla se paseaba por encima del agua como un viejo y lento
buque. Dejé vagar la mirada y de pronto, a lo lejos, brotando de la oscuridad a la luz de una farola, vi a una pareja que se acercaba. Eran ellos, caminaban abrazados. Di vuelta y volví sobre mis pasos lo más rápido que pude. No sé por qué, pero me hubiese llenado de vergüenza el que me vieran. ¿Qué pensarian de ellos Diego y Carlos si los hubieran visto? Nunca lo sabré porque en ese momento me juré que por nada del mundo les contaríais lo que vi.